

Appropriation of suffering and search for meaning

Iván Alfonso Pinedo Cantillo *

* Filósofo. Magíster en Filosofía. Magíster en Administración Educativa.
Docente del Área de Formación en Investigación: Universidad La Gran
Colombia. Correspondencia: alfiva@hotmail.com

Apropiación del sufrimiento y búsqueda de sentido

Recibido: noviembre 13 de 2013

Revisado: noviembre 14 de 2013

Aprobado: marzo 17 de 2014

ABSTRACT

This article covers one of the most important anthropological insights into thinking Viktor Frankl and Karl Jaspers: limit situations which generate confusion and anguish, and the chances of finding meaning in suffering. These extreme situations confront the person with his particular world generating a host of existential questions that lead to skepticism and empty nonsense to not seeing behind them no positivity for life. However, in suffering every individual can truly conquer their existence to find a positive way beyond the oppressive feelings that accompany these experiences. Thus limit situations, with its paradoxical nature, stimulates original processes of struggle and choice of individual destiny amid a hostile, confusing and often incomprehensible world.

Key words: Existential limit situations, suffering, anguish, search for meaning.

RESUMEN

El presente artículo recorre una de las intuiciones antropológicas más importantes en el pensamiento de Viktor Frankl y Karl Jaspers: las situaciones límite que generan perturbación y angustia, y las posibilidades de encontrar sentido en medio del sufrimiento. Estas situaciones extremas confrontan a la persona con su mundo concreto generando un cúmulo de preguntas existenciales que conducen al escepticismo y al vacío del sinsentido al no vislumbrar tras ellas ninguna positividad para la vida. No obstante, en medio del sufrimiento cada individuo puede conquistar auténticamente su existencia al encontrar un sentido positivo más allá de los sentimientos opresores que acompañan estas vivencias. De esta manera las situaciones límite, con su carácter paradójico, activan originales procesos de lucha y elección del destino individual en medio de un mundo hostil, confuso y muchas veces incomprensible.

Palabras clave: Situaciones límite existenciales, sufrimiento, angustia, búsqueda de sentido.

Introducción

La búsqueda de sentido en las situaciones límite de la existencia constituye uno de los aportes antropológicos más originales del pensamiento de Viktor Frankl y Karl Jaspers con notables repercusiones prácticas para el hombre del siglo XXI. Frankl aborda el problema de las situaciones límite humanas describiendo con singularidad los horrores de los campos de concentración en su más reconocida obra “El hombre en búsqueda de sentido”, y más tarde en las maduras reflexiones antropológicas que conforman “El hombre doliente” y “La voluntad de sentido”. Por su parte, Jaspers, en su segunda obra sistemática publicada en 1919: “Psicología de las concepciones del mundo” revela una temprana inquietud por comprender los problemas de la existencia y el sentido de la vida seguramente cuestionado por el ambiente espiritual de la Alemania de posguerra. Más adelante, motivado por sus estudios de psiquiatría y el feliz encuentro con la tradición filosófica logra desarrollar en “Filosofía” (publicada en 1932) una antropología aplicada en la que analiza las diferentes actitudes del hombre contemporáneo que no encuentra sosiego en medio de un mundo hostil y vacío.

Así, desde experiencias de vida distintas y usando diferentes categorías de pensamiento, e incluso asumiendo un tono autobiográfico en algunos de sus escritos, ambos autores coinciden en formular una serie de actitudes vitales que determinan lo que es existir de manera auténtica o inauténtica en medio de las situaciones límite por las que todos inevitablemente atravesamos.

Este artículo pretende, por tanto, realizar un breve recorrido existencial a través del sufrimiento y la muerte entendidos como fenómenos vitales que conforman el concepto antropológico de situaciones límite en Jaspers y Frankl, y las posibilidades de autorrealización

en medio de estas experiencias derivadas de la estructura antinómica del ser humano.

Sin pretender equiparar en su totalidad el pensamiento de los dos autores, se ofrece una visión integradora que invita a contemplar esta realidad del sufrimiento en su dimensión subjetiva, esto es, asumiendo el discurso de los pensadores como un llamado a la existencia personal, la de cada lector, pues como se entenderá más adelante: contemplar una situación es el primer paso para hacerse dueño de ella; mirarla de frente es la lucha por llegar a ser Sí-mismo en medio del dolor.

Las situaciones límite tienen dos caras: una negativa que muestra la posibilidad de la pérdida existencial, el estancamiento en el fracaso; una especie de parálisis vital que conduce a la incertidumbre, la angustia y la desesperación porque nos sentimos a la deriva en un mundo que no elegimos ni mucho menos entendemos. Y una cara positiva que nos abre al horizonte de realización existencial. Al final, tenemos que enfrentar el problema de la decisión subjetiva porque la situación una vez la hacemos consciente incita a asumir una determinada conducta. A continuación se describen algunos puntos significativos de este trayecto existencial por el camino de los límites humanos.

El sufrimiento incomprensible

Para hablar del sufrimiento correctamente es necesario distinguir el plano en que se sitúan las ciencias y el plano en que se sitúa el análisis existencial. A la ciencia le interesa saber cómo se producen los distintos males de la humanidad que conducen tanto a individuos como a comunidades enteras al oscuro lado del dolor: enfermedades, catástrofes naturales, guerras, hambre, etc. Pero la pregunta existencial

apunta en otra dirección: ¿por qué existe el sufrimiento?

La perspectiva de Jaspers y Frankl es fundamentalmente una visión de sentido. A pesar de nuestros esfuerzos, parece haber algo en la misma naturaleza de las cosas que frustra nuestro deseo de que todo vaya sumamente bien. Toda experiencia, sin importar la felicidad que en su momento nos haya podido proporcionar, resulta insatisfactoria en sí misma porque no perdura, y poco a poco nos vamos dando cuenta de que vivir es estar expuestos en cualquier momento a heridas emocionales que enturbian el entendimiento y perturban el alma:

El sufrimiento es reducción de la existencia empírica, destrucción parcial; detrás de todos los sufrimientos está la muerte. En la clase de sufrimiento y en la intensidad del dolor hay las mayores diferencias. Sin embargo, en definitiva, puede afectar a todos lo mismo y todos tenemos que soportar su parte; nadie se libra de él (Jaspers, 1958, p. 102).

Los sufrimientos del ser humano son múltiples y de diversa intensidad. Quizá los más conocidos y extremadamente difíciles de afrontar son los provenientes de la finitud y caducidad de nuestro cuerpo. Las enfermedades, antiguas y nuevas, hacen descender al hombre a un nivel supremamente bajo de su ser. La pérdida de capacidad física, en un principio, se percibe únicamente como un obstáculo para el constante ajetreo de la vida: desplazamientos cotidianos, estudio, trabajo, relaciones sentimentales, etc., pero con el tiempo su agudización se convierte no solo en una dificultad orgánica sino en un problema realmente existencial. Ya no es una mera incomodidad física, sino una condición que afecta el sentido de todo lo que hacemos. Las ilusiones más profundas se empiezan a ver truncadas y las metas trazadas parecen

inalcanzables. Esta situación, unida a la impotencia para controlar los síntomas del cuerpo, poco a poco conduce a cualquier individuo a los umbrales de la angustia y la desesperación porque lo único que se anticipa es el final de esta efímera construcción que se llama vida.

Pero también tenemos los sufrimientos de carácter psicológico y social. La humillación experimentada en el trabajo o la guerra, las condiciones de miseria que llevan incluso al hambre física, el maltrato, la soledad extrema, el cautiverio, la pérdida de los seres queridos y las patologías mentales que pueden llevar a la locura o el aislamiento, son tan solo una pequeña lista de lo que un ser humano puede experimentar en un corto o largo período de su vida. Los efectos, en últimas, son similares: una punzante agonía de dolor que limita y amenaza por todos lados nuestra existencia empírica.

Sumergidos en el mundo del dolor, nos descubrimos entonces como seres arrojados al mundo marcados por una realidad concreta de incertidumbre y precariedad que nos sacude por todos lados y que en su máximo nivel de intensidad nos precipita en la pregunta: ¿por qué precisamente a mí este o aquél sufrimiento? La respuesta normalmente es un profundo silencio, en el cual la razón, acostumbrada a un conocimiento objetivo del mundo, falla en sus procedimientos habituales de solución de los problemas. El resultado es una abismal soledad y una sensación de desamparo total (Jolivet, 1950). Este sentimiento se exagera, por ejemplo, en la forma de morir que se ha vuelto frecuente en nuestras metrópolis del siglo XXI: en la cama del hospital, conectado a aparatos, bajo la vigilancia de personal de ciencias de la salud acostumbrados a estos desenlaces finales y sin la posibilidad de estar rodeados de los amigos y familiares que tanto se quieren.

El problema del sufrimiento no puede tener una respuesta plenamente satisfactoria dada su condición última de misterio insondable en el cual se constata un abismo entre aquello que debiera ser y lo que en realidad está siendo. Incluso las aspiraciones más ambiciosas de la humanidad por comprenderlo o controlarlo terminan siempre en una antinomia que causa desasosiego o confusión. El sufrimiento de los inocentes, particularmente los niños, por ejemplo, despierta rebelión y amargas sospechas de que el mundo no tiene sentido y que por tanto Dios podría no existir (Giménez, 2011).

Así las cosas, el sufrimiento es visto en la filosofía de Jaspers y Frankl como una antinomia y como una cifra, misteriosa y oscura, de algo más. Las situaciones históricas de sufrimiento deben ser leídas desde una hermenéutica particular que no acude a conceptos o abstracciones para esclarecer los fenómenos que esta realidad empírica nos depara. La idea no es desarrollar una teoría acerca del cosmos, el conocimiento o la verdad, que son asuntos típicos de la historia de la filosofía, sino una interpretación que exprese el sentido profundo de la existencia, partiendo de los acontecimientos individuales que aquejan a miles de hombres y mujeres anónimos, hasta lograr insertar estas experiencias subjetivas en una comprensión más amplia y global de la historia: la historia de una humanidad angustiada que busca un sentido para vivir en medio de la condición existencial de estar a la deriva en este mundo (Remolina, 1972).

La muerte: el miedo existencial ante el no ser

Los sufrimientos de esta vida y las luchas cotidianas terminan con la muerte. Desde tiempos inmemoriales los hombres hemos deseado la inmortalidad, pero la realidad inmodificable hasta ahora es que irremediamente vamos a morir. Mientras caminamos hacia este destino finito

sufrimos, pero el sufrimiento no es más que una estación, un tránsito, un anticipo de nuestra muerte. La muerte es pues la toma de conciencia completa de los límites de lo humano.

Mueren no solo los seres orgánicos, sino también de alguna manera las tendencias, las culturas, los objetos, en fin, todo tipo de realidades en tanto que dejan ser lo que eran y pasan a ser otra cosa. No obstante, para los seres humanos la pregunta última no es por el devenir en sí mismo, sino por el final que para cada individuo representa ese agotamiento inevitable de la corporalidad:

Esta cuestión de la vida y la muerte o del ser y la nada es uno de los problemas filosóficos más antiguos. Y es también uno de los más serios porque al discutirlo, lo que está en juego no es tan solo la refutación de algún sistema filosófico o de alguna idea más o menos convincente; al hablar de la vida y la muerte lo que está en juego es la propia existencia de los hombres (López, 1998, p. 77).

La filosofía de Jaspers se centra precisamente en esa pregunta de fondo por el sentido de la muerte en tanto situación límite particular que supera las especulaciones generales acerca del cosmos, el fluir de la vida y la permanencia en el tiempo de todo lo que existe. Es, por tanto, un problema que afecta el núcleo de la subjetividad humana en cuanto que nadie puede experimentar ni afrontar por otro la muerte:

La muerte es algo irrepresentable, algo propiamente impensable. Lo que nosotros nos representamos y pensamos de ella son solamente negaciones y son solamente fenómenos accidentales, nunca son positivities. Así, tampoco experimentamos la muerte del prójimo en el sentido propiamente dicho. Nos abandona y sigue siendo él mismo para nosotros; es y no es. Nuestro saber general de la muerte y nuestra relación vivida para con la muerte son cosas totalmente heterogéneas; podemos saber acerca de la muerte en

general y, sin embargo, existe algo en nosotros que por instinto no la considera ni necesaria, ni posible. Lo que psicológicamente nos interesa, es el comportamiento totalmente personal frente a la muerte, la reacción individualmente vivida a la situación límite de la muerte (Jaspers, 1958, p. 342).

Solo los seres humanos somos conscientes de la muerte: sabemos que inevitablemente vamos a morir, y esta característica tan propia hace de este acontecimiento un elemento fundamental de la vida. Quizá, si no supiéramos que vamos a morir, nada nos afectaría del modo como en realidad sucede. A lo mejor no valoraríamos nada y tampoco sentiríamos la necesidad de darle un sentido específico a nuestra vida porque cualquier instante sería propicio para empezar de nuevo (Abbagnano, 1987). Pero el pensamiento acerca del no ser definitivo siempre está allí rondándonos con su cúmulo de perplejidades:

La muerte, mientras vivimos, es siempre futuro, es siempre después; pero al darse la muerte en el tiempo, no es solo futuro sino también presente, es el mismo tiempo el que nos va matando y solo al morir dejamos de estar en el tiempo. Esto es lo que llevó a Heidegger a pensar que el hombre es un ser en el tiempo y un ser para la muerte (López, 1998, p. 76).

Según Jaspers, de manera semejante al sufrimiento, la muerte tiene un carácter de misterio, aunque mucho más radical. Nadie ha vuelto de la muerte para contarnos su experiencia. El que muere, muere solo y se lleva consigo sus ilusiones, convicciones y esperanzas más profundas: “el que muere no se deja ya interrogar; la soledad ante la muerte parece absoluta, para el que muere como para el que queda” (Jaspers, 1958, p. 92). Siendo esto así, nuestra propia muerte, mientras llega, solo es posible anticiparla de alguna manera a través de la muerte de los otros: el silencio que rodea al que muere genera preguntas de fondo en el que vive, es un diálogo

interior incómodo, como si estuviéramos ante una maravilla desconcertante.

La no existencia del otro afecta directamente nuestra percepción del mundo. Con la muerte ajena sentimos tristeza, desamparo, a veces injusticia y, la mayoría de las veces una cierta sensación de perplejidad y ausencia de sentido de la vida. Pero, en sentido estricto, estos sentimientos no son propiamente una experiencia de la propia muerte, sino los efectos que la muerte produce en quien la observa. Lo importante en todo caso es saber que esta vivencia de contemplar la muerte de otra persona, con mayor razón si es un ser amado o cercano a nuestra historia, se convierte inmediatamente en una fuente de preguntas últimas sobre el sentido de la vida: ¿Cuándo y cómo me tocará a mí? ¿Moriré sin realizar todas mis aspiraciones? ¿En los diez, quince, veinte o más años que aún me quedan antes de ese desenlace final, cómo quiero vivir? ¿Habrà otra oportunidad después de la muerte? (Ojeda, 2000).

En medio de esta situación la amenaza del no ser definitivo se convierte en una fuente de angustia en el mejor sentido heideggeriano. En la existencia empírica nos situamos en el momento menos previsto frente a la nada y descubrimos nuestra radical contingencia: nuestra existencia no constituye algo necesario, algo que inevitablemente deba darse. Solo somos un momento fugaz dentro del imparable devenir del cosmos (Jaspers, 1961).

Quizá desde una perspectiva materialista esta condición resulte algo absolutamente lógico para la conciencia en sí: morir es destruir nuestro cuerpo físico. Pero aun así, las explicaciones científicas no logran sustraernos al sentimiento trágico que punza la conciencia con sus desestabilizadoras preguntas: ¿por qué esta vida es caduca? ¿Por qué en el momento menos pensado se van nuestros seres queridos? ¿Qué

significa esa condición de venir de la nada y volver a la nada? Y, finalmente, ¿para qué edificar algo que irremediamente se destruirá? La angustia ante la muerte revela, entonces, la situación radical de incertidumbre, de inestabilidad y de duda en la que el hombre se encuentra constitucionalmente por el modo de ser que le es propio. Prini (1992) condensa muy bien esta realidad diciéndonos:

La angustia que se experimenta ante la desaparición de nuestro ser en el mundo no se puede eliminar con la simple voluntad de ser-ahí, como realidad fenoménica determinada, como vida en el mundo acompañada de conciencia y memoria. Todo lo que sucede en este mundo en el que nos ha tocado vivir, todo lo que ocurre bajo la forma de la objetividad y la duración: proyectos y recuerdos, empresas y obras, individuos y colectividades, todo está destinado a desaparecer totalmente (pp. 120-121).

Ahora bien, ciertamente en la historia de la humanidad encontramos que todas las grandes religiones han querido dar una explicación o una salida positiva al problema de la muerte. Las ideas de un paraíso, el cielo, estados de paz absoluta, reencarnaciones, etc., son, desde la fe religiosa, diversas interpretaciones esperanzadoras frente a la situación límite de la muerte, de tal manera que ésta se percibe no como una destrucción definitiva, sino como el tránsito de nuestra alma hacia una vida distinta y, para la mayoría de creyentes, feliz, mejor y eterna.

No obstante, en la filosofía de Jaspers estas creencias y anhelos no son más que distractores que encubren el verdadero problema de la muerte: “la valentía en presencia de la muerte como final de todo lo que para mí es visible y recordable, queda reducida a un mínimo cuando la muerte como límite es suprimida por la idea de una “ultravida” sensible y convertida en un simple tránsito entre las formas de la existencia empírica” (Jaspers, 1958, p. 97). Un

brote de nihilismo parece asomarse entonces por todos lados mostrándonos lo irracional de nuestros esfuerzos frente a un destino y una naturaleza sencillamente aplastantes. Sería mejor resignarnos asumiendo la vieja posición de ataraxia proclamada por los estoicos. Pero Jaspers invita a pensar en un mundo de realidades que están más allá de esta tensión dramática. Al contrario, las situaciones límites son precisamente el dispositivo que dispara la verdadera conciencia sobre la existencia posible que hay en nosotros. Es conveniente situarnos en esos límites que separan las cumbres de los precipicios para alcanzar una visión más completa de la naturaleza humana: allá, en las alturas, podremos dirigir una mirada privilegiada sobre la propia existencia y sobre el ser que tras ésta se oculta (Jaspers, 1961).

Las situaciones límites son, por consiguiente, experiencias concretas que nos lanzan al escepticismo frente a las posibilidades de realización humana. En los límites experimentamos la dureza de la existencia empírica y la contundencia del dolor. A medida que vamos avanzando en los senderos de la vida nos hacemos conscientes de nuestra radical finitud y de nuestra permanente condición de estar siempre de camino, nunca completos y claros sobre para qué vivimos, cuál es la meta de nuestra vida individual y cuál es el destino de la humanidad en general. Las situaciones límites son el espejo en donde nos vemos tal como somos: hombres y mujeres que oscilamos entre el sinsentido y las posibilidades de realización. La antinomia existencial permanece: el camino del hombre conduce tanto a la salvación como a la ruina.

El hombre doliente y la posibilidad de plenitud

Llegados a este punto conviene revisar la otra cara del análisis existencial de Jaspers y Frankl. Nos ubicamos ahora en el mundo de

las posibilidades de realización humana no obstante estar sumergidos en la experiencia de las situaciones límite:

Sufrir significa obrar y significa crecer. Pero significa también madurar. En efecto, el ser humano que se supera, madura hacia su mismidad. Las situaciones extremas, por tanto, además de hacer que el hombre alcance la libertad interior, le ayudan a conseguir la madurez plena (Frankl, 1984, p. 123).

El crecimiento humano, por tanto, puede ser una posible respuesta frente a unas condiciones de vida que a lo mejor nunca pretendimos pero que inevitablemente debemos afrontar. Así, frente a la situación límite del dolor, nos dice Jaspers, el hombre puede asumir equívocamente diversas posturas existenciales. Una de ellas es la evasión del sufrimiento: “yo limito instintivamente mi campo de visión, por ejemplo, no quiero saber del médico la verdad, no quiero reconocer mi enfermedad ni ver mi deficiencia física y espiritual, ni claramente cuál es mi situación social en la realidad” (Jaspers, 1958, p. 103). Entonces trato infructuosamente de pensar que todo está normal, que no sucede nada grave y que todo acontece dentro de unos marcos previsibles. Esquivo así, por todos lados y con diferentes justificaciones, la confrontación con el sufrimiento.

Más grave aún resulta la posición de rechazo sistemático o de pasividad que podemos tomar frente al que sufre: “se hace uno indiferente y desconsiderado, al cabo incluso se llega a menospreciar y odiar al que sufre, lo mismo que muchos animales atormentan hasta la muerte al compañero enfermo” (Jaspers, 1958, p. 103). O la postura del “esteta” que como ha entendido lo inevitable del sufrimiento prefiere gozar al máximo de los placeres de este mundo antes de que le corresponda atravesar por el oscuro trance de la aflicción. En ambas posturas subsiste una especie de autoengaño, y hasta cierto punto

de perversión, que termina finalmente en una mayor sensación de fracaso, pues la realidad no cambia, solo se prolonga en el tiempo la toma de conciencia de tal situación. En definitiva, son subterfugios para maquillar la realidad última del dolor en nuestra vida.

Jaspers y Frankl evidentemente no quieren hacer una apología del sufrimiento, ni pretenden desconocer la racionalidad que hay en la implementación de ciertos procedimientos humanos para aliviar los dolores del cuerpo y el alma. Los autores no se refieren al sufrimiento innecesario o evitable, ya sea de naturaleza psicológica, biológica o social, lo cual sería masoquismo, sino que dirigen su reflexión a aquel sufrimiento inevitable, que no se escoge sino que llega en cualquier momento por el inexorable destino.

La tesis central que defiende Jaspers es que, frente a lo inevitable del sufrimiento, hay que realizar un acto de apropiación y búsqueda de sentido, no de negación o evasión. Se trata de metamorfosear el sufrimiento orientándolo hacia una dimensión de plenitud. En este sentido el problema no consiste en preguntarnos por qué sufrimos, lo cual, como ya se ha analizado, no tiene ninguna solución lógica, sino en plantearnos qué voy a hacer con éste sufrimiento. Lo que cuenta es pues la actitud que libremente elegimos para afrontar el dolor.

Viktor Frankl en este punto resulta muy apropiado teniendo en cuenta su condición de testigo presencial del hombre en situación límite. Nos dice el fundador de la Logoterapia que en los campos de concentración de Auschwitz y Dachau los sufrimientos físicos y psicológicos eran la experiencia habitual. En cualquier momento era fácil enfermar por las precarias condiciones de vida y por los continuos maltratos a los que eran sometidos los reclusos. En medio de tales tribulaciones muchos perdieron la esperanza y el ansia de vivir. Es más, para algunos

la posibilidad de la muerte se convirtió en un pensamiento liberador frente a sus indescriptibles dolores. Pero otros, los que encontraron un sentido en medio del sufrimiento, tuvieron la fortaleza necesaria para sobrevivir. Basado en estas experiencias el mismo Frankl nos dice a modo de legado:

No debemos olvidar jamás que podemos encontrar también sentido en la vida incluso cuando nos enfrentamos, como víctima impotente, con una situación desesperada, con un destino que no puede ser cambiado. Lo que importa entonces es dar testimonio de la mejor y exclusiva potencialidad humana: la de transformar una tragedia en un triunfo personal, la propia desgracia en un logro humano. Cuando no somos ya capaces de cambiar una situación, pensemos, por ejemplo, en una enfermedad como pueda ser un cáncer incurable, se nos plantea el reto de cambiarnos a nosotros mismos (1982, p. 41).

El sentido del sufrimiento no está, pues, en una modificación de las circunstancias externas ni tampoco en una falsa esperanza de eliminación voluntaria del mismo. El sufrimiento tiene sentido cuando yo soy capaz de transformarme a mí mismo en medio de situaciones adversas que por propia iniciativa nunca busqué: “la conducta del hombre no es dictada por las condiciones que él encuentra sino por las decisiones que toma” (Frankl, 1994, p. 151). Ese cambio en uno mismo es lo que Jaspers llama ganar la existencia o también “llegar a ser sí mismo”. De nadie más que de mí depende ese cambio de actitud frente a la situación límite, de tal manera que al no dejarme dominar por esas circunstancias desfavorables me elevo por encima de mí mismo, es decir, doy un paso adelante con respecto a lo que hasta el momento había construido en mi cotidiano existir. Las ideas de Frankl corroboran exactamente esta intuición de Jaspers: “la libertad humana es libertad finita: el hombre no es libre de condicionamientos, sino que es libre solamente respecto a la actitud

como ha de asumirlos. Le incumbe a él decidir si se deja vencer, si se somete a los condicionamientos o no” (1994, p. 150).

Lo anterior supone igualmente una modificación en nuestra manera habitual de comprender la felicidad. Si pensamos de manera hedonista la vida feliz como placer y ausencia de dolor, entonces nos ubicamos en una lógica existencial distinta a la planteada por Jaspers y Frankl. No tendríamos un punto de conciliación, pues como se ha afirmado el dolor es inherente al ser humano, no hay manera de evitar en la existencia empírica esta situación límite: cada cual tiene que soportar y cumplir el dolor que le toca. Jaspers apela entonces a una idea de felicidad entendida como plenitud del ser que particularmente se alcanza después de haberse levantado del fracaso. La misma idea reaparece continuamente en Frankl cuando propone la logoterapia como búsqueda de sentido para el hombre:

La capacidad humana de la autotranscendencia significa que de hecho el ser humano apunta y está dirigido siempre a algo distinto de uno mismo, concretamente a valores que hay que realizar o a otros seres a los que hay que salir al encuentro amorosamente. Y solo en la medida en que un ser humano vive hasta el fin su trascendencia se hace realmente humano y se autorrealiza de verdad (1994, p. 242).

Este esclarecimiento de la existencia modifica cierto concepto de felicidad que hoy en día se halla muy diseminado por el mundo: la positividad de la existencia se ve reflejada en el éxito y reconocimiento obtenidos, en los placeres materiales experimentados y en las ganancias económicas aseguradas. En contraste, Jaspers y Frankl conciben la felicidad como plenitud alcanzada cuando se transforma un sufrimiento en un logro humano en virtud de un acto personal de elección. Se trata en últimas de un original paradigma antropológico que coloca la autoconciencia y la libertad como pilares fundamentales que

permiten comprender la esencia y posibilidades de lo humano hasta el último momento, hasta el último aliento (Frank, 1999).

Hay un texto de Viktor Frankl que resulta supremamente elocuente frente a lo que se ha dicho. Se trata de una de las numerosas cartas que recibió de amigos, colegas, pacientes y conocidos en las que lo alientan en su trabajo profesional en torno a su interesante propuesta existencial de dotar de sentido a la humanidad. Es una hermosa constatación de que sí es posible encontrar una autorrealización humana a partir del sufrimiento tal como lo experimentó el autor en su época de cautiverio y tal como lo vivió el mismo Jaspers en sus días de persecución, silenciamiento y amenaza de muerte. El documento aparece comentado por Frankl en su libro *Psicoterapia y humanismo*:

Querido Dr. Frankl:

Durante estos meses, un grupo de reclusos hemos estado compartiendo sus libros y casetes. Sí, uno de los mayores sentidos que tenemos el privilegio de experimentar es el del sufrimiento. Acabo de empezar a vivir y ¡qué glorioso sentimiento supone! Me encuentro constantemente conmovido por las lágrimas de mis hermanos en nuestro grupo, cuando se dan cuenta de que están hallando ahora un sentido a sus vidas que jamás pensaron era posible encontrar. Los cambios son auténticamente milagrosos. Vidas que antes carecían de esperanzas, sumidas en el desamparo, poseen ahora un sentido. Aquí, en el presidio de máxima seguridad de Florida, a unas 500 yardas de la silla eléctrica, estamos realizando nuestros sueños. Nos hallamos próximos a la Navidad, pero la logoterapia ha sido mi mañana de Pascua. Del calvario de Auschwitz ha surgido nuestra aurora de Pascua. De las alambradas de espino y la chimenea de Auschwitz sale el sol...¡Dios mío, qué nuevo día nos debe estar aguardando!

Suyo afmo., Greg. B. (Frankl, 1982, p. 45).

Es un texto para meditar en forma personal. Su razón de ser en este trabajo queda justificada como testimonio de lucha en medio de los límites histórico-fácticos que caracterizan la condición humana.

Conclusiones: apropiación del sufrimiento y búsqueda de sentido

Si algo tememos los hombres de esta época es la posibilidad del fracaso y el sufrimiento. Los paradigmas culturales contemporáneos son una reivindicación del hombre y la mujer de éxito en todos los campos de la vida: en el ejercicio de las profesiones, en las relaciones interpersonales, en la salud, en los negocios, en la conquista de posiciones privilegiadas, etc. Nuestro mundo rinde culto al placer y al triunfo de diferentes maneras, fundamentado en la más amplia gama de justificaciones teóricas y prácticas. Por el contrario se odia el fracaso, se teme al dolor y se huye por todos lados de su posibilidad. Fracasar es signo de desprestigio, de baja, de cierta disminución de lo humano que es mejor no asimilar. El resultado es una humanidad que se resiste a reflexionar sobre la negatividad del sufrimiento como elemento constitutivo de la existencia.

Es casi una reacción natural hoy en día no pensar en el dolor. Sin embargo, hay autores honestos como Jaspers y Frankl que no le dan la espalda al tratamiento riguroso de esta problemática humana. Y lo hacen movidos no por las intenciones oscuras de un sadismo aberrante que quiere perturbar la conciencia, sino por un deseo sincero de poner en consideración una realidad humana que, tomada en serio, puede redefinir en muchos aspectos los grandes valores que deben orientar el presente y futuro de la humanidad. La negatividad del dolor contiene entonces el germen de una original manera de concebir al hombre, al mundo y a Dios. Una manera quizá un tanto ajena para el ciudadano

común de nuestra época, pero, por lo mismo, valiosa y digna de ser recuperada. Estamos pues ante una nueva “coyuntura espiritual” amenazadora de lo humano que como en la época de Jaspers y Frankl nos lleva a exclamar: “Ante el hombre se plantea la cuestión de si ha de someterse con fatalismo a lo prepotente conocido que parece determinar todo, o si ve caminos que puede seguir porque a ellos no alcanzan este poder” (Jaspers, 1955, p. 32).

La negatividad del sufrimiento fue un tema ampliamente tratado por Jaspers y Frankl en diversos momentos de su extensa producción filosófica y psicológica. En lo que aquí se ha reflexionado llegamos al fracaso a través de las situaciones límite que son expresiones concretas de esta gran antinomia fundamental sobre la cual descansa nuestra vida. La existencia empírica muestra que en este mundo no hay nada bueno sin malo posible y real, todo es perecedero y llega tarde o temprano a su término; la contradicción del fracaso persiste en toda situación, en toda creación del espíritu y en todo proyecto individual. Todavía más, en la conquista del ser-sí-mismo llegamos a la máxima expresión del fracaso que supera todos los indicios de negatividad presentes en la existencia empírica. El auténtico ser-sí-mismo “no se puede sostener solo por sí-mismo”, cuanto más decisivamente se alcanza tanto más claro se hace su límite, entonces fracasa no solamente como realidad empírica sino, sobre todo, como existencia (Jaspers, 1968).

No obstante, en medio de esta negatividad surge la pregunta fundamental de si el sufrimiento empírico y existencial significa la aniquilación absoluta de todo lo real o si, por el contrario, a través de él se patentiza algo más. La respuesta que Jaspers y Frankl dan a este problema es positiva. El sufrimiento de la existencia empírica y el fracaso de la existencia como libertad son el movimiento necesario hacia la eternidad. La

idea central que de esta positividad de la negatividad se desprende es que, naufragando como existencia, el hombre encuentra su auténtico sentido en el mundo: “experimentar las situaciones límites y existir son una misma cosa”.

Evidentemente aquí no se afirma que el hombre debe buscar el fracaso y el sufrimiento como forma de vida, sino que afrontando estos límites toma conciencia de su existencia y puede conducir el destino personal en la dirección que desea. Esto se entiende porque hay algo además del medio ambiente y de la herencia que constituye al hombre: lo que el hombre hace de sí mismo, es decir, la existencia entendida como la vida construida con pleno sentido. Toda decisión es autodecisión, y la decisión es autoconfiguración. El análisis existencial de Frankl, fundamento de la logoterapia, precisamente defiende estas ideas: “cuando asumo el sufrimiento, cuando lo hago mío, crezco, siento un incremento de fuerza. El doliente ya no puede configurar el destino externamente, pero el sufrimiento le capacita para dominar el destino desde dentro, transportándolo del plano de lo fáctico al plano existencial” (1984, p. 123).

Siendo esto así, las situaciones límites como cifras del fracaso existencial que constitutivamente atraviesa toda nuestra vida, no deben ser vistas bajo la perspectiva de una ruina universal indiferente que inevitablemente nos arroja hacia la nada. Por el contrario, probar la aspereza de lo real es el único camino para volver a sí. Cuando entramos sin reserva en esas opacas fronteras de la vida y experimentamos el sufrimiento como límite de todos los límites nos preparamos interiormente para la más importante y riesgosa decisión que un individuo puede tomar en este mundo: confiar absolutamente en el único y verdadero ser de la Trascendencia; lo que Jaspers denomina desde una perspectiva metafísica “el envolvente (*Umgreifende*) origen y fin de todo cuanto existe en el tiempo y en el espacio” (1957, p. 32).

Esta positividad del sufrimiento debe tener por tanto unas consecuencias prácticas en nuestra vida cotidiana, es lo que en el transcurso de esta reflexión se ha denominado las posibilidades de autorrealización humana en medio de las situaciones límite. Karl Jaspers es defensor de un humanismo que invita a la lucha y no a la pasividad mientras atravesamos por las contradicciones más radicales de la vida. La indiferencia paralizante en las situaciones límite sería la manifestación sensible de un nihilismo absurdo que se ha apoderado de nuestra conciencia: un fracaso total y sin sentido, lo que Jaspers denomina pérdida de la existencia. En contraste, los límites son detonantes de procesos inéditos de rebelión y de lucha por nosotros mismos y por los demás; son si se quiere los vehículos de afirmación de la vida frente a una masa humana que por diversas razones y bajo patéticas justificaciones se ha sumergido en una subjetividad caótica y vacía.

Viktor Frankl, quien mantuvo vínculos muy cercanos con la filosofía de Jaspers, retoma esta visión de la existencia en su texto *“La voluntad de sentido”* recordándonos lo decisivo que es sobreponerse a la adversidad y al destino para lograr constituirnos auténticamente como personas:

Por cuanto ser hombre significa ser en el mundo, el mundo incluye un mundo de sentidos y valores. Sentidos y valores son razones que mueven a los hombres a actuar de un modo u otro. Este es el momento de la libertad: yo puedo responder a las exigencias de un valor con un sí o con un no, me puedo decidir de un modo u otro (1994, p. 156).

Así, la apropiación del sufrimiento incomprendible, la lucha franca por la existencia y la interpretación de la vida por la muerte, lejos de ser actitudes evasivas frente al fracaso, se constituyen en la afirmación de una voluntad de eternización que, aun sabiendo la caducidad de

este mundo, quiere permanecer como escrito cifrado del verdadero Ser. En este sentido, un hombre que lucha por ser sí mismo en las situaciones límites es el mayor testimonio de que la vida humana tiene sentido y que vale la pena haber recibido este don inefable de lo que sería el único y lejano Dios verdadero:

¿Qué es, pues, el hombre? Es un ser que siempre decide lo que es. El hombre es ese ser que ha inventado las cámaras de gas; pero es también el ser que caminó en dirección a esas cámaras de gas en actitud erguida, rezando el Padre nuestro o la oración judía de los agonizantes (Frankl, 1984, p. 273).

Todo lo que se ha expuesto constata el valor de esta filosofía para nuestra época. En un mundo que cada vez más pierde el sentido de lo humano, hay una palabra que viene de una época de guerras y catástrofes, una palabra que es pronóstico incitante, solo perceptible para el que se detiene a escuchar, que nos dice: siempre es posible levantarnos y luchar por el sentido de una auténtica vida humana. Esta original intuición es la que nos permite establecer la orientación pedagógica de una filosofía de la existencia: se trata de una educación liberadora que sensibiliza para la aparición del verdadero hombre, es decir un ser libre y responsable que se decide a sí mismo y al autodecidirse configura su destino, el carácter y la personalidad a la manera de un complejo rompecabezas que día a día se va armando (Frankl, 1984).

Los espectadores indiferentes aquí no tienen mucho que aportar: viven tan contentos en la mera existencia empírica que no tienen fuerza interior para el impulso renovador. De aquí se concluye que ésta no es una filosofía para evasivos que no quieren responder y para hedonistas amantes del placer. La esencia de la libertad es la lucha, y cuando nos entendemos con el otro en la lucha franca por la existencia llegamos a ser no solo verdaderos hombres, sino leales compañeros.

Por eso quizá es una reflexión dirigida a la comunidad minoritaria de los que en este mundo se esfuerzan por ser-sí-mismos (*Existenz*). Estos, en su invisible solidaridad de lo esencial, comprenden el sentido de fidelidad y cooperación que subyace en todo lo humano porque están abiertos a la comunicación de existencia a existencia. Su nobleza radica en que viven preocupados no solo por el día a día de su vida, sino por lo que de cara al futuro podemos ser tanto individual como colectivamente. Al fin y al cabo compartimos un mismo destino humano: trascender las fronteras de lo finito (Jaspers, 1968).

En este sentido el análisis existencial nos enseña que el éxito solo será éxito verdadero si en el devenir de sí mismo quien así procede procura la construcción de una vida digna por las condiciones existenciales aumentadas para todos. Son pues individuos que aspiran a crear humanidad no importa que la época cargue contra ellos con toda la fuerza de los poderes dominantes. En su fe, que es filosófica, leen en cada episodio de sufrimiento la cifra del ser y responden a la adversidad con un sí heroico que es, en medio de los límites, afirmación de la vida.

Referencias

- Abbagnano, N. (1987). *Introducción al existencialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Frankl, V. (1982). *Psicoterapia y humanismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Frankl, V. (1984). *El hombre doliente. Fundamentos antropológicos de la psicoterapia*. Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1994). *La voluntad de sentido* (3ª ed.). Barcelona: Herder.
- Frankl, V. (1999). *El hombre en búsqueda de sentido*. Barcelona: Herder.
- Giménez, C. (2011). El sufrimiento y la condición humana en F. Dostoievski & L. Pereyson. *Pensamiento y cultura* 14(1), 95-107.
- González, E. (2002). Ensayo sobre las situaciones límites. *Nous* (6), 41-51.
- Jaspers, K. (1955). *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*. (De la Serna, R. Trad.). Barcelona: Labor.
- Jaspers, K. (1957). *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jaspers, K. (1958). *Filosofía*. Vol. 2. (Vela, F. Trad.). Madrid: Revista de Occidente.
- Jaspers, K. (1961). *Filosofía de la existencia*. (Rodríguez Aranda, L. Trad.). Madrid: Aguilar.
- Jaspers, K. (1967). *Psicología de las concepciones del mundo*. (Marín Casero, M. Trad.). Madrid: Gredos.
- Jaspers, K. (1968). *La fe filosófica*. (Rovira Armengol, J. Trad.). Buenos Aires: Losada.
- Jolivet, R. (1950). *Las doctrinas existencialistas desde Kierkegaard a Sartre*, Madrid: Gredos.
- López, L. (1998, mayo). Destino, muerte y religión: tres ideas acerca de la vida. *Revista Acta Académica*, 22, 75-80. Recuperado de <http://www.uac.ac.cr/acta/1998may/xlopez.htm>.
- Ojeda, C. (2000, julio). Karl Jaspers: amor, destino y libertad. *Revista chilena de Neuro-psiquiatría*, 3, 150-156. Recuperado de www.scielo.cl/scielo.php?pid=50717-92270000&script=sci_arttext-46K.
- Prini, P. (1992). *Historia del existencialismo*. Barcelona: Herder.
- Remolina, G. (1972). *Karl Jaspers en el diálogo de la fe*. Barcelona: Gredos.